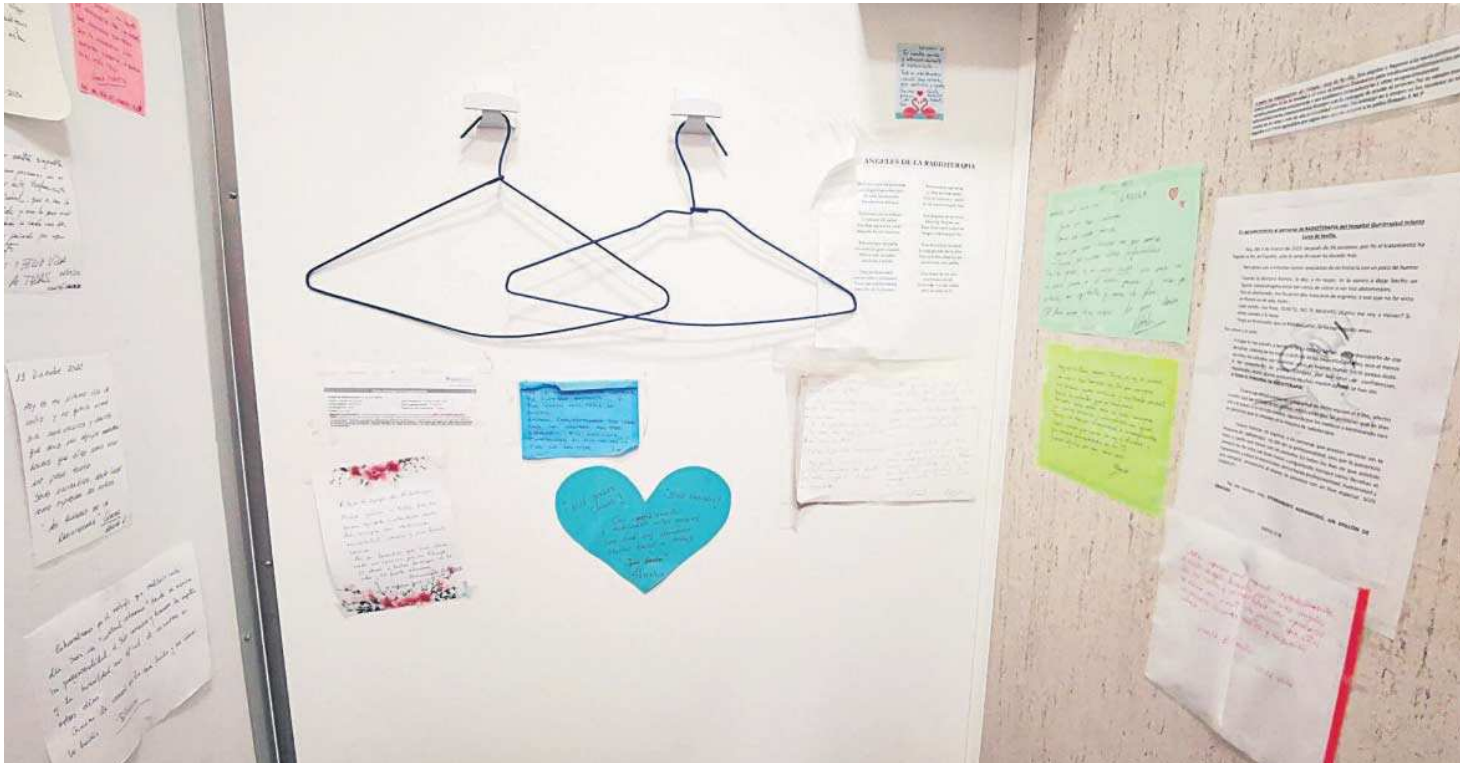




## HUMANIZACIÓN | CUANDO EL ARTE ENTRA EN LA SALA DE ONCOLOGÍA



FOTOS: M. G.

El cambiador de la Unidad de Radioterapia del Hospital Quirósalud Infanta Luisa donde se guardan las cartas que escriben las pacientes en tratamiento, y base del proyecto 'Quásares'.

# Un mapa emocional del cáncer dentro del hospital

'Quásares' convierte la experiencia oncológica en un proceso de cocreación entre pacientes, sanitarios y artistas para explorar los cuidados a través del arte

CRISTINA VALDIVIESO

En las paredes de un pequeño cambiador de la unidad de Radioterapia del Hospital Quirósalud Infanta Luisa hay algo que rompe la uniformidad del entorno. Entre el blanco clínico de las paredes y el ir y venir de pacientes y sanitarios, aparecen decenas de cartas pegadas unas junto a otras. Algunas están escritas a mano. Otras llegaron impresas. Todas tienen algo en común: fueron dejadas allí por personas que pasaron por la unidad y quisieron marcharse dejando unas palabras atrás. Permanecen pegadas junto a los espejos y las taquillas donde los pacientes se cambian antes de entrar a tratamiento. Mientras esperan su turno o se colocan la

bata hospitalaria, muchos las leen. El papel está ligeramente curvado en los bordes por el tiempo y la humedad de la estancia. Sin saberlo, aquellas cartas terminaron marcando el inicio de un proyecto que cambiaría la manera de mirar ese espacio.

Entre todas ellas hay una especialmente significativa. No destaca por su forma, ni por su extensión, sino por la imagen que propone. En ella, una paciente habla del personal sanita-

**El proyecto nació en la unidad de Oncología de los hospitales de Quirósalud**

rio como "cuásares", cuerpos celestes que, vistos desde lejos, parecen apagados o sin vida, pero que en realidad emiten una luz inmensa. La referencia venía de una lectura divulgativa y de la idea de que hay formas de luz que no siempre son visibles a simple vista. Aquella metáfora, escrita probablemente en uno de esos momentos de espera que abundan en los hospitales, terminó condensando, sin saberlo, el punto de partida de un proyecto cultural inusual.

Entre la rutina clínica, las agujas, los tratamientos y los protocolos, esas cartas funcionan como una especie de mapa emocional del hospital. Y también como la primera pista de que el arte podía entrar en ese entorno no como adorno, sino como par-

te del cuidado. Y así nació *Quásares*, un proyecto de mediación cultural impulsado por Concomitantes, con apoyo de la Fundación Daniel y Nina Carrasco, la Universidad Internacional de Andalucía (Unia) y Quirósalud, y coordinado por ZEMOS98, a través del mediador cultural Felipe G. Gil. Antes incluso de que *Quásares* tuviera nombre definitivo, la pregunta ya estaba formulada. Felipe G. Gil lo resume con una precisión que atraviesa todo el proyecto.

**El origen está en una emotiva carta de una paciente a los sanitarios que la cuidaban**

"El punto de partida no era hacer arte sobre el cáncer, ni ilustrar la experiencia hospitalaria, sino preguntarse si el arte podía ser útil en un contexto de cuidado real", explica. "La pregunta más importante era cómo podemos ser de utilidad en este contexto", añade.

Cuenta que el proyecto nunca trató de desplazar la medicina ni de intervenir desde fuera, sino de "construir un espacio común entre pacientes, sanitarios, artistas y mediadores culturales". Un lugar donde distintos tipos de conocimiento -desde el clínico, al emocional y el experiencial- pudieran convivir sin jerarquías rígidas.

Durante dos años, ese espacio se fue levantando con reuniones en hospitales, visitas a unidades de oncología y conversaciones que a menudo tenían que detenerse porque llegaba una prueba, una consulta o una sesión de tratamiento. No había un guion cerrado. Había una hipótesis en construcción constante basada en el arte como herramienta para explorar el cuidado desde dentro.

El proyecto no se ha desarrollado en las instituciones que lo firmaban, sino en los espacios intermedios. En las salas de espera donde el tiempo parece avanzar a otro ritmo. En los boxes de tratamiento sepa-



Pr: Diaria  
Tirada: 5.549  
Dif: 4.526

rados por cortinas. En las horas suspendidas de la quimioterapia, cuando el goteo constante de los sueros y el sonido de las máquinas terminan marcando el paso de la mañana. Allí donde quien entra por primera vez suele hacerlo con una mezcla de miedo e incertidumbre difícil de nombrar. En esos espacios, el hospital baja el volumen sin dejar de ser hospital.

Lo representa bien Pilar Muñoz, enfermera en la unidad de quimioterapia de Quirónsalud Ave María. Sentada en una de las salas donde cada día se administran decenas de tratamientos, observa cómo los pacientes llegan por primera vez aferrados a informes médicos, acompañados de familiares o intentando disimular los nervios. "El primer día casi todos lloran", dice. "No saben qué se van a encontrar", recalca.

Después, el tiempo organiza lo que puede. El lenguaje del hospital se vuelve rutina. Ciclos, esperas, resultados y revisiones. Los pacientes aprenden recorridos, reconocen rostros y terminan diferenciando el sonido de cada unidad casi sin darse cuenta.

### El resultado son cuatro obras de arte de imagen, sonido, cine y fotografía

ta. Pero el miedo no desaparece del todo. Solo cambia de forma. "Detrás de cada tratamiento hay una persona", recuerda el personal sanitario. En *Quésares*, esa frase dejó de ser un principio ético para convertirse en punto de partida.

Inmaculada Malasaña lo recuerda con una claridad que no se ha borrado. El diagnóstico llegó de forma brusca: cáncer de colon. "Yo solo sabía repetirme: tengo cáncer, tengo cáncer...", cuenta. A partir de ahí llegaron la cirugía, la quimioterapia, las recaídas y nuevas intervenciones. El hospital dejó de ser un lugar puntual para convertirse en un paisaje recurrente. Los pasillos comenzaron a resultarles familiares. Algunas enfermeras dejaron de ser desconocidas para convertirse en rostros reconocibles. Las salas de espera empezaron a formar parte de una rutina que nunca había imaginado para sí misma. El sonido de los carros, las llamadas por megafonía, incluso los silencios entre consultas, se vuelven parte del día.



Una de las sesiones para el desarrollo del trabajo auditivo dentro de la iniciativa.



La selección de las ilustraciones de Adela Angulo.

Llegó al proyecto mientras participaba en un voluntariado en el hospital. Al principio no sabía qué papel podía tener allí. "Yo pensaba: ¿qué hago yo aquí?", recuerda. Pero algo empezó a desplazarse durante los encuentros. "Nos quitábamos la camiseta y nos abríamos", dice.

No es una metáfora. Es la manera en que describe sesiones en las que mujeres que apenas se conocían comenzaron a compartir cicatrices, miedos y experiencias que normalmente quedan fuera de las consultas. En

torno a una mesa aparecían conversaciones sobre la rabia, el cansancio, el humor, la incertidumbre o el miedo a las recaídas. Una mezcla de emociones que rara vez encuentra tiempo o espacio en la atención médica cotidiana. A veces había silencios largos, no incómodos, sino densos.

Con el tiempo, aquel grupo dejó de ser solo un grupo. No era terapia en sentido estricto, ni únicamente un taller artístico, pero sí un espacio donde el cáncer dejaba de ser solo diagnósti-

co para convertirse en experiencia compartida. "Ha sido una catarsis emocional", resume.

Y es que, *Quésares* se construye sobre una idea que parece simple, pero no lo es. El arte no llega para representar lo que ocurre en un hospital, sino para escucharlo. "Partimos de la convicción de que el arte tiene que ser de utilidad social", explica Felipe G. Gil. Esa utilidad no significa producir mensajes o ilustraciones, sino abrir un espacio de trabajo conjunto donde lo clínico, lo emocional y lo artístico se crucen sin orden jerárquico.

La psicooncóloga de Quirónsalud Infanta Luisa, Raquel Calero, lo formula desde otro lugar. El arte funciona como una herramienta de acceso a la introspección cuando las palabras no alcanzan. Pero lo relevante, más allá de la teoría, es lo que observa en la práctica. "Una apertura progresiva de las pacientes, una pérdida parcial del miedo y una forma distinta de habitar la enfermedad", explica.

Detalla cómo durante el desarrollo del proyecto las pacientes "se aportaban muchísimo entre ellas". "Por sus fragilidades y por sus vulnerabilidades", sostiene.

En ese proceso, el hospital se transforma temporalmente. Durante unas horas deja de ser únicamente el lugar donde se administran tratamientos, se revisan analíticas o se esperan resultados. Para algunas pacientes se convierte también en un espacio de encuentro. Un lugar donde compartir experiencias con personas que entienden sin dema-

siadas explicaciones lo que significa atravesar una enfermedad así.

Dos años después de aquellos primeros encuentros. De ese proceso colectivo han nacido cuatro piezas que funcionan como huella más que como resultado. De las ilustraciones de Adela Angulo al documental sonoro de Andrea Morán, el cortometraje de Rocío Mesa y Jorge Castrillo y el ensayo fotográfico de Óscar Romero incorpora cámaras instantáneas entregadas a los propios pacientes, que construyen su propio relato visual, mientras el fotógrafo retrata también a quienes sostienen el proceso, las cuidadoras, llamadas en el proyecto *quésares*.

Si en algo todos coinciden es en que esto no es el final. Ahora que el proyecto ya ha sido presentado, lo que permanece es solo un conjunto de obras, sino una red de relaciones, aprendizajes y desplazamientos en la forma de mirar el hospital. Porque lo que ha ocurrido durante estos dos años no ha transformado el sistema sanitario, pero sí ha introducido una grieta. Una apertura mínima, pero real, hacia otras formas de cuidado en un entorno donde casi todo se mide, se clasifica y se protocoliza. Basta detenerse unos minutos ante aquellas cartas del cambiador de Radioterapia para entender parte de esa transformación. Lo que comenzó como unos mensajes de agradecimiento escritos por pacientes terminó convirtiéndose en una pregunta más amplia sobre cómo acompañar la enfermedad.